

## A la orilla del río

Le llamaban Gallo, y su misión personal siempre se basaba en buscar una salida distinta en la pelea. Tenía los ojos oscuros, el pelo negro y era merchero, «como el Lute», presumía mientras sus tímidos pómulos se enrojecían. En su pasado raíces sureñas, un tallo sin nombre y una flor en el cementerio. Sabía buscarse la vida antes de que la oportunidad se convirtiera en un momento sobrecogido, sin existencia. En esas andaba aquella mañana.

Había salido temprano porque tenía una recogida en una granja, la entrega del material la había apalabrado con un fulano de su confianza, que le compraba la chatarra al peso. Conducía sin ganas por el viejo camino del río tan ensimismado en sus pensamientos que, al volver a la realidad, se hizo necesario un brusco frenazo para no llevarse por delante al rebaño de ovejas que se le puso enfrente. Al parar, se dio cuenta de que no estaba tan cerca, los reflejos le habían jugado una mala pasada, en este caso para

bien. «Mejor así», pensó. Mientras se disculpaba con el pastor con un gesto, cogió un cigarro, dio unos golpecitos sobre la tabaquera anatómica de su mano izquierda, donde apenas se dejaban ver cinco puntos de una tinta que en su día fue negra pero que ahora se tornaba en verdosa, como el agua contaminada de aquel río. El rebaño llegaba al otro lado del camino cuando dio la primera calada al pitillo. Todavía le quedaban unos cuarenta kilómetros para llegar a su destino.

Conducía por caminos rurales para evitar la presencia de los picoletos por aquello de andar tan escaso de papeles como de dinero, se disfrutaba más del paisaje así, pensando en escapar de la mala suerte a la que había sido condenado desde que tenía uso de razón.

Era un tipo decente y honrado, bastante legal, de esos que firman con un apretón de manos un pacto eterno, la mayoría de sus clientes o proveedores lo sabían; podía tener mala pinta, pero el Gallo cumplía.

Al llegar a la granja con la rula, el granjero salió a recibirlo y le llevó hasta donde se hallaba el material a recoger. Aparcó al lado y empezó a cargar. Ramón, que así se llamaba el dueño, le echó una mano.

—¿Hay mucha faena? —se interesó el granjero.

—La justa, ya sabes, luchando. Este fin de semana espero descansar, con un poco de suerte mañana viernes me sale otra cosilla.

La semana ya casi agonizaba y eso nunca era buena señal, por el hecho de que el fin de semana todo se paraba y uno no sabía por dónde moverse para buscar el parné, pero esta vez no era el caso, esta vez podría pasar el sábado y el domingo tranquilo, y si el viernes salía algo que recoger, se recogía tranquilamente y llegaría pronto al barrio.

Con la furgona a rebotar agradeció la ayuda a su proveedor y se puso en marcha. A mitad de camino le empezaron a sonar las tripas como si no hubiera comido en años. La Verónica le había envuelto en papel de plata un bocadillo de tortilla y el olor lo inundaba todo. Paró, puso la radio, se sentó en la orilla y atacó sin piedad su almuerzo. Ese, sin duda, era el mejor momento del día. En la soledad de aquel camino, sin prisas ni ruidos que le impidieran derrotar al hambre, el Gallo era libre durante un cuarto de hora.

Poco después llegaba a la chatarrería donde podías encontrar de todo. Saludó a Estrella, la hija del Tuerto, que se encargaba de pesar lo que le llevaban y pagar. Todo estaba bien, sus cálculos habían resultado correctos. Guardó la guita en la furgona y se marchó. La rutina no da lugar a sobresaltos, pero te quema, rápida o lentamente, depende del nervio de cada uno. El aguante tiene mucho que ver con esto, sobre todo cuando tus prioridades guardan poca relación con lo que uno tiene que hacer por imposición o por

hambre. Dos conceptos que muchas veces bailan la misma canción sobre una pista llena de cristales rotos.

Al llegar al barrio se encontró a la Verónica con una bolsa en cada mano, venía de comprar. Le preguntó si ya había terminado, él le dijo que si y ella sonrió. Le cogió una de las bolsas y continuaron andando unos metros.

La Verónica llevaba un chándal rosa con rayas blancas, una coleta bien alta que recogía su pelo negro y los ojos muy pintados. El oro alegraba sus lóbulos y muñecas. Para él, ella era una princesa del extra radio, la reina del bloque de pisos donde vivían. Una tía valiente que no se achantaba ante casi nada, con un deje muy de barrio. El Gallo preguntó por sus niñas.

—Ahora vendrán de la escuela.

María y Lorena de ocho y nueve años, las niñas de sus ojos, las dos churumbelas del Gallo. No había sentado del todo la cabeza, «yo no quiero cortarme la coleta» aseguraba a veces entre risas, pero eran otros tiempos en los que su vida, su vicio o su pasión andaban un paso por detrás de los pasos cortos que daban aquellas dos niñas, las consecuencias son de cada uno, le decía su padre cuando era un crío y él asentía y se grababa en la cabeza, como si fuera un tatuaje, aquella frase que no entendió del todo bien hasta que un doctor le puso entre sus brazos a su primera hija.

Llegaron las chiquillas, se sentaron en la mesa y comieron juntos. Los huevos fritos de la Verónica no los superaba nadie, era su plato estrella, aliñados con jamón, cebolla y orégano. Esa tarde había quedado con Rocío, una colega con la que curraba de vez en cuando limpiando escaleras y casas, así que el Gallo cogió a las niñas y se bajaron al parquecillo que había justo debajo del bloque de pisos. Ellas a los columpios y él a sentarse allí con algún colega a pasar el rato, mientras vigilaba de reojo que no les pasara nada.

Se estaba liando un porro cuando apareció el Rafaelillo con la Nuca, una dóberman coja que tenía con su ex novia, en plan custodia compartida. Los meses que estaba sin la perra no levantaba cabeza, pero con la Nuca a su lado volvía a ser el Rafaelillo de siempre, el que iba por la calle cantando bulerías sin mirar nunca el reloj, mientras las vecinas se cagaban en sus muertos. «Usté no entiende de ná», les gritaba el colega sin cortarse ni un pelo.

—¿Qué dices Gallo, cómo te va?

—Como siempre tío, bien, to pa lante. Toma, fuma.

El Rafaelillo terminó la chusta con un par de caladas asesinas y la arrojó al suelo. Tenía algo que contarle, andaba a la busca de una persona para hacer un trabajillo que le habían encargado. Le pareció que el Gallo era

la persona perfecta, así que se sentó a su lado y le habló de una gente que necesitaba un conductor para llevar un paquete.

—Pocos kilómetros, tranquilo, ellos ponen el coche.

Ocultaba algunos detalles para evitar preguntas.

—Solo conducir, te pagarán tres veces más de lo que sacas con la chatarra.

—¡Coño! ¿A quién hay que llevar? ¿Al rey?

—No, chulo, a quien hay que llevar es a la reina.

## El cigarro de después

—Ese trabajo no es para ti —la Verónica intentaba convencer al Gallo.

—Cuando vuelva lo hablamos —la tranquilizó él.

Se dieron un beso y se despidieron. Ella llevaba a las niñas al colegio y él, que estaba decidido, en lugar de hacer su ruta de puntos limpios, canteras y desguaces se fue a buscar al Rafaelillo, que todas las mañanas las pasaba solo en el solar de su padre, regando el pequeño huerto y sin más compañía que las gallinas, a las que echaba de comer, y la Nuca.

Aporreó la portada de chapa con la furgoneta en marcha, se oyó ladrar, cuando abrió el Rafaelillo metieron la furgoneta y echaron el cierre.

—Está hecho Gallo, no hay que darle tantas vueltas al asunto, solo pierdes la mañana del lunes y te llevas pa tu casa más billetes que los que ve la Verónica en meses, le compras a las crías un par de bicis, que yo te consigo bien baratas, y todos contentos —le hablaba con la confianza del experto en todo tipo de trapicheos. Sus ojos negros eran tan pequeños que cuando se